

muerte, con una perspectiva casi naturalista, es decir, ver al hombre primero como un animal que no es superior a ningún otro organismo: "como un ser vivo no más que un montón de células animadas por pulsiones químicas y eléctricas. No hay cultura que no haya visto en él una envoltura material y un soplo espiritual, un cuerpo y un alma. Y sólo desde este punto de vista se ha hablado de ser humano (creo que mi lector ya se habrá formado una opinión sobre lo que yo pienso al respecto, pero dejémoslo ahí)" (p. 376). Para tal objetivo, se concentró en las vicisitudes de la gente sencilla de la Edad Media: el ambiente, la sed, el hambre, la economía, sus relaciones de poder. Y cómo la historiografía ha dejado está gran mayoría postergada como objeto de estudio:

"¡No! Ni la universidad, ni los cistercienses, la Hiansa teutónica [...] ni mucho menos la *Summa* de Santo, constituyen la edad media estoy arto de hablar de caballeros, de feudalismo de reforma gregoriana [...] con el pretexto de que no sabemos nada de so demás. Pero los demás son las nueve décimas partes de la humanidad de aquellos tiempos. ¿No deberíamos hacer algo por estudiarlos" (p. 383)

La segunda reflexión se orienta a problematizar si el hombre medieval es igual a nosotros, sin soslayar, por su puesto, las evidentes diferencias (económicas, religiosas, sociales y las concepciones del tiempo, el espacio y la velocidad). Hoy, al igual que en los tiempos lejanos de la Edad Media, la vida nunca transcurre en los escenarios importantes de la Bolsa, o no se refleja en los escenarios de los políticos, ya que lo que importa al hombre común es su profesión, sus ingresos, los problemas de la vida cotidiana en general, la violencia, el amor y los discurso capaces de llevar consuelo.

Aunque el libro aborda muchos temas de forma superficial, casi como una foto área, nos aporta muchos elementos para futuras investigaciones. Sobre todo, que las fuentes oficiales se pude leer buscando este hombre común, que las ciencias auxiliares son fundamentales para entender la Edad Media, con la propensión de la arqueología y el arte. Además nos invita a cuestionar y a remover algunas certezas y conceptos ya asimilados en los estudios medievales como incuestionables. Y por último, nos pone en la disyuntiva acerca de nuestras concepciones antropológicas, con su insistencia en subrayar que el hombre es "animal humano" o un "mamífero bípedo" y que no ha sufrido cambios sustanciales todos estos siglos.

Se trata, en fin, de un ensayo histórico provocativo pero de una honestidad intelectual a toda prueba, que no deja indiferente, escrito con una clara erudición (fruto de muchas décadas de estudio) y amenidad que hace ágil su lectura incluso al público no especialista.

**Eduardo Téllez Lúgaro.** *Los Diaguitas*, Akhilleus, Santiago de Chile, 2008, 87 pp.

MAURICIO OSTRÍA GONZÁLEZ  
Universidad de Concepción

Los que me conocen saben que no soy historiador, ni antropólogo, ni etnólogo. Los que no me conocen lo saben ahora. En consecuencia, todos ustedes se extrañarán por qué Eduardo me ha pedido que presente su libro, un libro de historiador y si se quiere de un historiador que deambula por los terrenos de la antropología, la arqueología, la etnología y hasta la etnolingüística. Yo también me extrañé cuando me llamó por teléfono para pedírmelo. Después entendí que él buscaba la lectura del lego, del lector no especializado, que pudiese aproximarse de modo, quizá, más intuitivo, a un libro que no está escrito como los libros de historia canónicos y que, por tanto, pudiese dar una visión distinta, desembarazada de los pruritos técnicos y hasta científicos de la historia tradicional. Y aquí me tienen, precisamente, embarcado en esa tarea.

El libro de Eduardo Téllez Lúgaro que ponemos a la consideración de ustedes, estimados futuros lectores, contiene una serie de estudios sobre los llamados *Diaguitas*, que, después de leer sus páginas, ya no nos atrevemos a asegurar que ese fuese su gentilicio, o no siempre lo fuera, o no lo fuera para todos o no en todos los casos. En fin, *Los diaguitas*, con el subtítulo de estudios, ha sido publicado en Santiago por la editorial Akhilleus.

El volumen, de 87 pp. Contiene los siguientes capítulos:

1. Consideraciones sobre la prehistoria y la protohistoria diaguita.



2. De cerca y de lejos. Espacio intertribal y vecindad mapuche.
3. Meditación del nombre.
4. El pueblo y la encomienda de los diaguitas.
5. Documento.
6. Bibliografía (14 pp.).

Antes de comentar el libro propiamente, permítanme algunas reflexiones acerca del modo particular de hacer o de escribir historia de Eduardo Téllez. Como lo insinuamos al inicio, su escritura no se sujeta al canon de la historiografía canónica, marcada por la asertividad e impersonalidad de un discurso basado en su legitimación documental y en la creencia de que el discurso guarda una correspondencia lógica y objetiva con la realidad mentada.

La historia practicada por Téllez, en cambio, supone establecer una distancia entre los hechos y los discursos, el reconocimiento de perspectivas o puntos de vista que relativizan, problematizan o insertan la legítima duda respecto del sentido de los hechos, porque ya no se trata sólo de saber qué ocurrió o cómo ocurrió, sino de qué sentido tuvo lo ocurrido y cómo los hechos pasados, convertidos en relatos, pueden ser interpretados por el lector-historiador del presente. En otras palabras, siguiendo los postulados de Hayden White, Téllez no oculta que su quehacer de historiador se materializa en un discurso personal y que, por lo tanto, no se trata de un discurso neutro, sin espesor que sólo centra su atención en el referente fáctico, sino, por el contrario, de un discurso que procura recuperar desde dentro el sentido de los hechos a través de una voz narrativa reconocible en el texto.

De acuerdo a los planteamientos de H. White, el discurso histórico debe estar perneado por la experiencia del sujeto que lo construye en su temporalidad, más allá del recuento de evidencias reales. Debe, por tanto, construir un "...discurso que finge dejar que el mundo mismo habla y se narra a sí mismo como fábula" y, simultáneamente, evidenciar "el sello personal que le imprime el historiador lo que permite elaborar una particular perspectiva narrativizadora (1980: 20).

La propuesta de White es perfectamente aplicable al trabajo de Eduardo Téllez. Igualmente lo son, las ideas de Roland Barthes sobre la perspectivización del discurso histórico, que procura: "reproducir las elecciones vividas por los protagonistas del proceso relatado. Este tipo de historia, dice Barthes, está dominada por los razonamientos; se trata de una historia reflexiva, que se puede llamar también historia estratégica... (1970: 47). En consecuencia, el historiador reúne significantes más que hechos y los relata, es decir, los organiza con el fin de establecer un sentido positivo y llenar el vacío de la pura serie (1970: 48).

Si tenemos en consideración lo anterior, no puede extrañarnos que el discurso histórico de Téllez procure integrar en extensas secuencias, por un lado, todo el instrumental técnico del trabajo histórico (referentes fechados y situados, caracterizados de manera más o menos estricta) y por otro, reflexiones personales, puntos de vista y hasta evocaciones y visiones que adensan el estilo y lo personalizan. Lo primero se hace evidente en el siguiente fragmento acumulativo, detallista, casi barroco:

Este enérgico pueblo de la estepa nórdica levantó pequeñas aldehuelas (incluso rústicas fortalezas en Copiapó) y desarrolló una vena artesanal que se volcó en una llamativa metalurgia en cobre (y en menor medida en plata), en el arte textil (confección de camisas, paños y chuspas de lana y trenzados en fibra vegetal), el trabajo en piedra, concha, madera, hueso (v. gr. de espátulas y boquillas en estos dos últimos materiales, probablemente destinado al consumo de alucinógenos) y una diversificada producción cerámica que resalta por su artesanía cromática con ornamentación geométrica y zoomorfa (10).

O en este otro, de las mismas características:

Son típicos de esta cultura (en sus diversas fases), las ollas y escudillas) de paredes curvas y a veces pintadas enteramente de blanco); soportes de una decoración compleja, basada en un septeto u octeto de motivos decorativos que se combinan con facilidad, convocando esferas, dibujos escalonados, líneas oblicuas, ganchos, triángulos, grecas, rombos, motivos cruciformes y trazos de bordes denticulados o desplegados en zigzag. O que, cuando opta por la simplicidad, decora las piezas recurriendo al típico diseño en gresa, reproducido en binomio rojo-negro que se divide mediante



trazos zigzagantes. Platos y recipientes de este período inicial adquieren a ratos sugerentes figuraciones zoomorfas, haciéndose gala además de una profusa alfarería doméstica en la cual se advierte la presencia de ceramio heteromorfo ('jarro zapato'), la marmita de greda y otros tientos de cocina (14).

O en este, en que el estilo se llena de formas y colores como sintonizando con lo narrado y descrito: Desde entonces se afirma la trinidad cromática diaguita (rojo, blanco y negro), que reinará a lo largo de la historia artística de este pueblo de coloristas, junto a componentes que la acompañan perpetuamente, como los rostros humanos con rasgos felinos, que dentro de un patrón decorativo geométrico, se van alterando mediante una serie de triángulos opuestos, impresos sobre una banda, acentuando la percepción de un desfile cadencioso de máscaras felinas de pupilas dilatadas y colmillos amenazadores. Paralelamente, la metalurgia tiene algún grado de aplicación en muy contadas piezas hechas en cobre y bronce (cinceles, buriles, agujas, aretes y otras joyas, anzuelos, pinzas) (14-15).

De lo segundo, es una clara muestra el párrafo final dedicado a reflexionar sobre la denominación de 'diaguitas', en que, después de examinar distintas teorías y posiciones acerca del valor de verdad y coherencia del término, llega a la conclusión de que:

Toleramos por sentido práctico y faltos de alternativa viable este marbete. Pero el gentil lector debería entender que probablemente hacia 1540 yacían encendidos bajo él, los tizones de una etnodiversidad que ya Vivar (...) ponderó a través de un presentimiento que 500 años después es también el mío, parado aquí, bajo el mismo sol vertical que lo iluminó y lo acompañó mientras estuvo entre nosotros (63).

Por este camino, la historia se revela ensayo, interpretación, lectura conjetural de discursos inciertos, cuyos referentes permanecen mudos a no ser que el historiador los haga hablar. Por eso, no debe extrañarnos que el capítulo primero, se abra con la comprobación de un misterio apenas vislumbrable a través de las difusas señas de restos de discursos arqueológicos:

De los diaguitas tempranos –los aurorales– poco es lo que nos queda. Apenas aquello que el país sin verbo de la alfarería y el interior arcano de los sarcófagos recobrados desde las desolaciones boreales, nos conceden avizorar. Y siempre a través de la arena inmortal (7).

Tampoco que el texto se pueble con frecuencia de formas verbales condicionales, potenciales, señaladotas de lo posible o probable, de lo dudoso e inseguro: "Habría sacado partido..."; "habría discurrido..."; "permitiría..."; "ha debido verlo..."; "podría haber..." (22, 24); "No es posible decirlo con entera verdad..."; "...es aconsejable ser prudentes" (61).

Relacionado con lo anterior está el continuo carácter relativizador, cuestionador y hasta denegativo del discurso de Téllez, respecto de las seguridades y soluciones fáciles que se han dado a la serie de problemas y misterios que rodean la existencia de los llamados diaguitas. Así, por ejemplo, señala: "Sociedad de grandes ceramistas y labradores tesoneros, cuya existencia se puede datar hacia el 900 D.C., tuvo un origen más diverso que el que se le ha supuesto". Y también:

Copiapó y los Coquimbo eran tan oscilantes cuánto levantiscos. Pero estas son afirmaciones de la santa madre historia, probablemente excedidas. La antropología no ratifica nada de esta violencia latente y abierta. Más bien delata un negociado y cauteloso matrimonio por conveniencia (20). La población (...) era de talla mediana, buena musculación y braquicéfala (bóveda baja), si bien consideraba una minoría de sujetos mesocráneos (de bóvedas altas). Estos han dado pábulo a la tesis de que, quizá, pudieran corresponder a comunidades anteriores (12).

Como puede observarse, se trata de un discurso que marcha entre 'peros' y quizás' hacia una especie de 'historia nogociada', ciertamente más comprensiva que la construida sobre un discurso maniqueo que sólo afirma o niega.

Uno de los momentos más interesantes, al menos para mí, seguramente, por mi condición de lector especialista en lengua y literatura, es el que se dedica a considerar la propiedad del nombre Diaguita y de las lenguas que los así llamados hablaban. Aquí, otra vez y de manera insistente, se dejan ver todas las características del discurso histórico de Téllez, marcado por la conciencia de lo problemático, lo inseguro, lo diverso, lo heterogéneo, frente a lo no problemático, lo seguro, lo unitario, lo homogéneo de discursos anteriores que ahora parecen erróneos o al menos ingenuos:

...en parte de la región semiárida se habría hablado, hasta su extinción, el kakán entre otras lengua indígenas. Probabilidad que ciertamente no implica que ésta fuera, según se creyó antaño, la lengua principal o general de los llamados por la arqueología moderna diaguitas chilenos, los cuales parecen haber presentado otras variedades y, de poseer una lengua franca para asegurar los entendimientos longitudinales en medio de la dialectología dominante, no es imprescindible que fuera la cacana (57). Los estudios recientes han puesto en duda que la lengua original de los diaguitas chilenos protohistóricos fuera el cacán (58).

El nombre diaguita se justifica en tanto se aplica a la entidad arqueológica. El problema empieza cuando salimos de los límites de la arqueología. La diversidad que entonces aparece no se salva invocando la homogeneidad del estilo cromático y la afinidad de los patrones cerámicos y de los enterratorios en que duermen los muertos sagrados (59).

Al comenzar la colonización ibera, en el norte chico había diaguitas y probablemente se hablaba alguna de las variedades del cacán, pero se trataba de una comunidad incrustada, en medio de una geografía cultural y humana distinta, como era la del Chile semiárido del 1500. (61).

En definitiva, impuesto desde fuera, el nombre diaguita no puede ser reivindicado por ahora como un dador de identidad etnocultural unívoca (63).

Termino: la historia que construye Téllez, hecha de conjeturas y dudas (no por falta de rigor, sino por método), concluye dándonos una visión comprensiva, que, ciertamente, recupera humanidad detrás del seco documento, calidez de tono y estilo que lucha contra el prurito del detalle documental, pero que acaba por impregnar el discurso del historiador hasta incluirlo como perspectiva narrativa explícita:

La conformación de una geografía humana transitiva que unificaba al Chile desértico y mediterráneo. Una suerte de tierra Media tendida desde las orillas del país del lapislázuli hasta las de este otro, el de la corta noche templada que invita a escribir sobre cosas que dejaron de ser hace mil años (48).

## REFERENCIAS

- Barthes, Roland. 1970. "El discurso de la historia", en VV. AA., *Estructuralismo y Literatura*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- White, Hayden. 1980. "El valor de la narratividad en la representación de la realidad", *Critical Inquiry*, N° 7, pp. 5-27.

**Alejandro Bancalari:** *Orbe Romano e Imperio Global. La Romanización desde Augusto a Caracalla*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 2007, 327 pp.

GUILLERMO TAPIA AYALA  
Universidad de Concepción

El estudio realizado por el profesor Alejandro Bancalari, destacado especialista en el mundo de la antigüedad, se ha insertado en la publicación en un contexto innovador, debido a que su obra se centra en la evolución histórica que ha tenido Roma a partir del influjo de la romanización y su relación con los fenómenos actuales de la globalización contemporánea, en el afán de establecer un nexo entre el pasado romano y lo actual. Tal planteamiento que ha realizado el autor en su edición, es sumamente interesante, ya que es el primer